



El cultivo de las cualidades personales para la vida fraterna

Materiales para el sexto encuentro de formación permanente
Febrero de 2018

Contenido

- I. Introducción.
- II. Algunas actitudes para hacer más fraternos nuestros equipos
- III. Para profundizar en algunas actitudes que ayudarán en la vivencia de la fraternidad
- IV. Sentimientos que bloquean la fraternidad.
- V. Conclusiones.
- VI. Guía para el encuentro de operarios.

I

Introducción

La formación permanente debe iluminar situaciones existenciales que viven los Operarios. Si bien es cierto que la fraternidad es parte esencial de nuestro ser, también es verdad que nuestra vida fraterna requiere de actitudes y disposiciones de parte de cada uno de los Operarios. Por esta razón los materiales de formación permanente del presente ciclo intentan bajar a los aspectos prácticos de la fraternidad y en el caso presente a las actitudes que la facilitan y que, con relativa frecuencia, también la obstaculizan. Si en el tema anterior decíamos que la comunicación condiciona la calidad de la vida fraterna, algo similar podemos decir de las actitudes.

El tema que nos ocupa ahora es de suma importancia, porque la institución a la que pertenecemos lleva impregnada en su mismo nombre la impronta de la fraternidad "Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús" y, al mismo tiempo, vale la pena recordarnos el *slogan* que nos acompaña desde hace un año: "Fraternos por naturaleza". Esto nos obliga imperiosamente a realizar la vida fraterna, transmitiéndola con fidelidad y espontaneidad, por encima de nuestras limitaciones, diferencias y preferencias.

La vida fraterna es percibida, por la mayor parte de los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que la viven, como un don de Dios y un privilegio. Sin embargo, son frecuentes las dificultades, que a veces llegan a aparecer como insalvables, que nos dejan perplejos o paralizados y nos hacen pensar incluso en la imposibilidad de convivir.¹

El cultivo de las cualidades personales para ejercitarnos en la vida fraterna no es tarea fácil, requiere un esfuerzo personal y exige un grado de responsabilidad. Definitivamente depende mucho de las capacidades y actitudes² personales de cada miembro del equipo. Es determinante la condición de una madurez humana básica para sobrellevar las situaciones límite que en ocasiones lastiman y degradan la fraternidad. Se trata de tomar la decisión de ser agentes constructores de comunidad y no simples consumidores de ella.

Evidentemente no existe una fórmula mágica para conseguir que la vida común sea satisfactoria, pero sí existe una óptica, desde la cual se pueden superar las sensaciones de desánimo e impotencia y decidir poner manos a la obra en la

¹ LAVANIEGOS GONZÁLEZ, EMILIO *La vida fraterna*. Servicios de animación Vocacional Sol. A.C. México 2013, 3.

² La actitud es una predisposición que conduce a un comportamiento determinado. Representa también la realización de una intención o un propósito. Según la psicología, la actitud se forma a través del comportamiento habitual que se repite en diferentes circunstancias. Las actitudes expresan la vida anímica de cada individuo y se reafirman a través de las reacciones repetidas de la persona. Este término tiene una aplicación particular en el estudio del carácter, como inclinación, innata o adquirida, relativamente estable, para sentir y actuar de manera determinada.

construcción de la fraternidad. Esta perspectiva es la de las propias actitudes. Es obvio que no podemos cambiar a los demás. Pero sí es posible para cada quien poner en práctica una serie de actitudes que edifican a la comunidad desde las condiciones reales en las cuales existe la vida fraterna.

Partimos del reconocimiento de la fraternidad desde la fe, a la cual estamos llamados todos los creyentes y se concreta de acuerdo a la vocación y misión de cada uno de ellos en formas diversas y complementarias. Sería conveniente comenzar el presente estudio y encuentro de formación permanente orando por la fraternidad:

*Padre, hoy te quiero pedir
por mis hermanos de equipo.*

*Tú los conoces personalmente:
conoces sus nombres y apellidos.
sus virtudes y defectos, sus alegrías y penas,
sus fortalezas y debilidades, sabes toda su historia.
Los aceptas como son y los vivificas con tu Espíritu.*

*Tú, Señor, los amas, no porque sean buenos, sino porque son hijos tuyos.
Enséñame a quererlos de verdad,
no por sus palabras y sus obras, sino por ellos mismos,
descubriendo en cada uno, especialmente en los más débiles,
el misterio de tu amor infinito.*

*Te doy gracias, Padre, porque me has dado hermanos.
Todos son un regalo para mí, un verdadero "sacramento",
signo sensible y eficaz de la presencia de tu Hijo.*

*Dame la mirada de Jesús para contemplarlos,
y un corazón como el tuyo
para amarlos hasta el extremo,
porque yo también quiero ser,
para cada uno de ellos, "sacramento" vivo de presencia de Jesús.*

II

Algunas actitudes para hacer más fraternos nuestros equipos

El tema que nos ocupa es eminentemente práctico. Consecuentemente queremos puntualizar, con la mayor simplicidad y naturalidad, las actitudes que edifican la fraternidad, para facilitar el examen del propio comportamiento y motivar un camino de conversión hacia la vida común. Es evidente que esto nos ayudará a convertirnos a lo que somos, como nos ha invitado la XXII Asamblea General.

Siéntete responsable de tu equipo, de todos y cada uno de sus miembros. Y sirve, pues, en el equipo al que te destinaron los superiores, en donde todos estamos para servir. Sirve, aunque tus hermanos de equipo sean, a veces, cómodos. ¿Me siento realmente responsables de mis hermanos del equipo de vida y trabajo? ¿Cuáles son mis actitudes y acciones de servicio al equipo? ¿Estas actitudes se reflejan edificando a la comunidad en la que me toca trabajar pastoralmente?

Respeto a las personas, aunque éstas tengan otras taras, una cultura distinta, una historia personal... sin intentar manipularlas para tus fines personales o institucionales. El respeto sincero y profundo hacia la persona de los otros miembros del equipo es una actitud fundamental de cara a su proceso de crecimiento y maduración.

Acepta a los miembros del equipo tal como son. No pretendas que sean como te gustaría que fuesen. Todos tienen derecho, como tú, a ser ellos mismos, a ser "diferentes". Y tienen, a su pesar, deficiencias como tú, de las que no les es fácil desprenderse. No olvides que tenemos frecuentemente la tentación de querer hacer a los miembros de nuestro equipo a "nuestra semejanza" o a la medida del ideal que hemos establecido.

Alaba con naturalidad las cualidades de tus hermanos de equipo y celebra sus aciertos, tanto en su presencia como en su ausencia. Haz de esta alabanza y celebración, objeto de oración gozosa y agradecida ante Dios, Padre de todos los miembros del grupo. Esta actitud positiva brota del interior de cada uno, facilita la cohesión del equipo y lo fortalece notablemente. Es la actitud contraria a competir, envidiar, querer sobresalir y, aún peor, dominar.

Compórtate con buena educación en las relaciones fraternas, con sencillez y naturalidad. Pide las cosas por favor. Si haces algo mal, pide perdón y rectifica en lo posible. Agradece a los demás sus pequeñas o grandes atenciones para contigo o con la comunidad y trata de corresponder con delicadeza para con todos y cada uno.

Acoge, estimula, ayuda, sonríe, defiende, aplaude, alienta, gratifica a los miembros de tu equipo. Esto influye siempre positivamente en la convivencia y el trabajo común; además, fortalece los vínculos internos de la fraternidad. Y la corrección fraterna nunca debe brotar como un desahogo de la cólera o de la molestia personal. Es una expresión de amor al otro y debe hacerse en un clima de confianza y cariño. No se puede hacer el bien a quien no se le quiere bien.

Sé tú mismo, diáfano, veraz, auténtico, consecuente... No te permitas la doblez, la falsedad, la mentira, las máscaras, la doble cara, la simulación... La convivencia verdaderamente humana –y la más propia de una fraternidad sacerdotal– se edifica sólo *por y sobre* la verdad y *desde* la sinceridad.

Comparte las alegrías y tristezas de los miembros de tu equipo de vida y trabajo como tuyas. Haz tuyos los problemas y preocupaciones de los hermanos. Gózate de los triunfos del equipo y de sus integrantes, como realidades que te pertenecen. Todas las personas suelen ser sensibles a esta constructiva actitud de solidaridad.

Procura amar y servir a fondo perdido, sin pasar factura, ni cobrar comisiones, sin exigir respuestas, lejos de una actitud mercantilista. Si algo no puede ser objeto de negocio dentro del equipo es la amistad, el servicio, el amor, y es imperativo del Maestro para con nosotros los consagrados de manera exclusiva para Él. Ama lealmente. El amor leal es el que se ofrece libremente a otro aún a sabiendas de la posibilidad, o más aún, de la certeza de no ser correspondido. Nunca te coloques en el centro de la comunidad. No es el sitio del que sirve.

Acepta y ama los operarios del equipo por lo que son, no por la ayuda que puedan aportar. Interesarse fraternalmente y con sinceridad por su vida, aunque ellos en ocasiones no se interesasen por ti o por tus cosas. La gratuidad en las relaciones es provechosa para la convivencia y vivificante para la vida del grupo. Y desde luego, es una actitud que construye fraternidad.

Haz un esfuerzo, grande si fuera necesario, por comprender, perdonar y olvidar los roces, malentendidos y conflictos que se hayan producido en el grupo. Son inevitables. Esto no es lo peor, sino el guardarlos dentro, "rumiarlos", dándole vueltas... aumenta su importancia. Esto sí que es funesto para la convivencia. La incomprensión y la cerrazón secan las fuentes del dinamismo y la alegría. El perdón cura y restaura.

No dramatices ni magnifiques los pequeños roces de cada día. Sin un sentido del humor que nos impida tomar demasiado en serio nuestras pequeñeces no seremos capaces de crear equipos sanos que signifiquen un aporte positivo a la fraternidad de nuestra asociación.

Acoge al otro "metiéndote en su pellejo", aunque esto sea difícil, y acepta, escucha, comprende, anima y sirve en la medida en que él quiera ser servido por ti. Vive unido a los miembros de la comunidad desde dentro, por el corazón, no por la mera epidermis o por el modo de vida que impone un mismo lugar, una misma tarea, unas normas comunes o una simple convivencia.

Cultiva con gran interés el buen humor, la alegría, el optimismo y coopera así al bienestar del equipo. El equipo precisa del gozo compartido, del relax comunitario, del sentido festivo de la vida, para hacer más sencillo y fácil lo difícil de la convivencia humana y hacer llevaderas las cargas que todos llevamos.

No critiques jamás la conducta de los operarios del equipo y menos a sus espaldas. No aires sus defectos ni fomentes un juicio negativo sobre ellos. ¿Quién no tiene defectos? En este campo, intenta comprender, animar y ayudar con amor. Hay que querer a los miembros del equipo como son, incluyendo sus deficiencias y debilidades, sin que esto suponga pactar con el mal o hacerse cómplices.

Empéñate en percibir día a día, reunión a reunión –en extensión y profundidad–, lo positivo que hay en tus hermanos de equipo. Y ten muy en cuenta que, cuando amas suficientemente a los demás, encuentras en ellos lo bueno y lo positivo con mayor facilidad. Jesucristo encontró razones suficientes para perdonar y disimular los pecados de sus verdugos "*Padre perdónalos porque no saben lo que hacen*",

expresó en el momento de su crucifixión. Si ves muchos defectos en un miembro de tu equipo, pregúntate cuánto le quieres.

Expresa tu fe con naturalidad y sencillez. Ora y ayuda a que ore el equipo. Un equipo que no ora, se banaliza y pierde identidad. Colabora en la preparación de la Liturgia de las Horas, celebraciones de la Palabra, Eucaristía, hora santa semanal y participa en ellas con devoción y profundidad. Estas acciones cooperan notablemente a la identificación de la comunidad cristiana como tal, la cohesionan, construyen y vivifican.

Trabaja para que tu equipo no sea coto cerrado, un grupito narcisista sin relación con otras comunidades o grupos cristianos. Cultiva la apertura, la relación gratuita y la universalidad. Procura que el equipo se esfuerce por vivir con estilo verdaderamente eclesial y de comunión, particularmente hacia el presbiterio de la diócesis en la que presta su servicio pastoral.

Arrima el hombro a las cargas de los otros. Con eso cumples la ley de Cristo. Sé paciente, afable. No tengas envidia. No te jactes ni te engrías. No seas grosero ni busques lo tuyo. No te exasperes ni llesves cuentas del mal. Disculpa siempre. El amor no falla nunca (Cfr. Ga. 6, 2; 1Co. 13, 4-8)³.

Después de considerar estas actitudes que edifican la fraternidad y otras posibles, queda en el corazón una pregunta: ¿Estoy construyendo la vida fraterna? Y una invitación a continuar edificando la fraternidad ensayando actitudes nuevas. Es evidente que la vida común se renueva desde el compromiso interior de cada uno, no desde fuera.

³ <https://www.ofs.org.ar> prensa-difusión. I ENCUESTRO NACIONAL DE RESPONSABLES DE PRENSA Y DIFUSIÓN DE LA ORDEN FRANCISCANA SEGLAR DE ARGENTINA. 15 de febrero 2017.

III

Para profundizar en algunas actitudes que ayudarán en la vivencia de la fraternidad⁴.

Amar es respetar: Decía San Francisco de Asís “*Los hermanos deben reverenciarse y honrarse sin murmuraciones*”⁵. La actitud primera y elemental, en las relaciones interpersonales de un equipo de Hermandad, es el respeto. *Respetar* se parece mucho, y tiene fronteras comunes, con *aceptar*. A pesar del peligro de reiteración vamos a plantear por separado ambas actitudes.

Como quien respeta lo sagrado. El respeto fraterno tiene raíces muy profundas. A través de la relación entramos en contacto con el misterio original del hombre –la realidad más sagrada del mundo, después de Dios–, misterio por el que todo individuo no debe ser considerado *objeto*, sino *persona*. Y toda persona es un *yo* diferenciado, inefable e incommunicable; un universo y una experiencia que jamás se repetirán.

Los demás no son simplemente “otros”, sino un “tú”, conformado por un formidable equipo de códigos genéticos, una estructura endocrina, una composición bioquímica, y una serie de alteraciones históricas...Todo ese conjunto de constitución y experiencia está presidido por una consciencia. Estamos ante una persona. El hermano es, pues, algo sagrado, y como sagrado no sólo merece respeto, sino también reverencia.

De lo dicho, se deduce que la falta de respeto es falta de sabiduría. Un sabio es aquel que tiene la visión objetiva de la realidad. Lo primero que sabe un sabio es que no “sabemos” nada de *otro*, porque el *tú* (como también el *yo*) es un universo esencialmente inédito, inefable e incommunicable. La actitud elemental ante lo desconocido es, cuando menos, la de un respetuoso silencio.

¿Qué es, pues, respetar? El respeto implica dos actitudes, una interior y otra exterior. Presupone en primer lugar considerar el ministerio del hermano como quien venera algo sagrado. En segundo lugar implica *no meterse* con el otro. En su forma negativa se expresa así: no pensar mal, no hablar mal. Y en su forma positiva significa: reverencia interior y trato de cortesía.

Meterse con el otro. La falta de respeto se llama vulgarmente murmuración y, científicamente, violencia compensatoria. Todo el que murmura realiza los siguientes actos: entra en el mundo del otro, en su recinto más sagrado, que es el de la intencionalidad, allá levanta tribunal; juzga, condena y publica la sentencia condenatoria. El vulgo emplea una excelente expresión para significar la falta de respeto: “meterse”. “No te metas conmigo”. De eso se trata: de meterse o no en el mundo del otro, de no invadir y pisar el terreno sagrado y privativo del otro.

La murmuración envenena rápidamente las mejores intenciones de cualquier comunidad. Es como una enfermedad contagiosa. Las palabras provocan nuevas palabras. La violencia engendra violencia. Si hablaron mal de ti, tu reacción instintiva será habar mal de ellos. Las palabras y dichos son como pelotas que botan y rebotan

⁴ LARRAÑAGA, Ignacio. *Sube conmigo para los que viven en común*. Ed. Paulinas Buenos Aires 1979. Pags. 167 – 245.

⁵ San Francisco de Asís, Regla primera, no bulada (1221)

entre las cuatro "paredes" del equipo, perturbando el ambiente. De esta manera, se acaba de crear un clima enrarecido en el cual nadie se fía de nadie. Ninguno habla con sinceridad. Por todas partes se siente inseguridad y se respira suspicacia. Como consecuencia de esta atmósfera, cada miembro del equipo se refugia en su interior, como en una isla solitaria. Esa comunidad –sea hogar o fraternidad– se transforma como en un recinto oscuro y frío. Surge la necesidad de evadirse y la tendencia a buscar un refugio emocional, un "espacio vital" lejos de la casa fraterna. Y así, la falta de respeto desencadena una serie de males comunitarios y personales.

En general, la crítica y la murmuración son violencia compensatoria, típica reacción de los "pequeños" y de los irrealizados. Las personas plenamente realizadas no necesitan meterse con nadie. Pero los inválidos espiritualmente y los estériles "necesitan" destruir en los demás lo mismo que ellos no fueron capaces de construir en sí mismos o por sí mismos. En este sentido, el respeto a los demás pone en evidencia la madurez personal.

Reverenciar: El respeto viene de dentro. Hay que comenzar por redimir las raíces. En una comunidad cristiana, las emociones hostiles, originadas por diversas causas, solo pueden apagarse en la proximidad emocional con Jesucristo. Las palabras destructivas son hijas de los sentimientos destructivos. Son estos los que tiene que ser silenciados, como homenaje oblativo a Jesús. Las soluciones profundas de los males comunitarios nacen a los pies de Jesucristo.

Callar es respetar. El modo ideal de respetar es el silencio. Silencio interior en primer lugar. Como dice san Pablo, es en el corazón donde nacen las rencillas y riñas. La murmuración antes de manifestarse en esa fea fonética, comienza por ser un nocturno desabrido en el interior. Es en el corazón donde cada uno tiene que atajar y silenciar la murmuración y ofrecerla a Jesús como un sacrificio oblativo. No pensar mal. No sentir mal. Respetar al otro "callando" en la intimidad.

Silencio exterior en segundo lugar. Muchas veces no se pueden justificar ciertas reacciones de una personalidad o ciertas actitudes irregulares de algunos sujetos, porque son defectos evidentes. Pero siempre podremos guardar las espaldas del hermano ausente, simplemente callando. Es el silencio una actitud tan noble y elegante...

Al enterarme del "pecado" de mi hermano, mi mejor homenaje a él y mi manera primera y concreta de amarlo consistirá en echar siete llaves tal "secreto", y el día de nuestra muerte bajar a la tumba con el secreto archivado, sin que de mi boca hubiese salido ninguna información directa o indirecta. Siempre pienso que, al presentarnos a las puertas de la eternidad, el mejor billete de entrada será un ramillete de secretos, discretamente guardados. Allí solamente entran los que amaron; y los que callando, amaron.

Ciertamente no basta callar. Eventualmente, hay que informar. Sobre todo hay que ayudar a "elevar" al prójimo que sufre por una debilidad. También en esto consiste el amor. Pero el primer deber es proteger con el manto del silencio las espaldas del hermano "pecador". En esta actitud se expresan la misericordia y la sabiduría. Muchas veces no se consigue nada con polemizar, defendiendo con palabras ardientes el prestigio menoscabado del prójimo, porque los demás arrecian en su ataque. En cambio al callarse simplemente, uno ya está defendiendo al otro con altura y dignidad.

La cultura del silencio. En cada comunidad cristiana debería formarse la cultura del silencio, no en el sentido de un silencio trapense, de carácter ascético, sino en el sentido de saber conservar en silencio las confidencias y noticias que tocan la intimidad de los demás. Uno de los síntomas más evidentes de madurez humana es la capacidad de guardar en silencio las confidencias que se reciben y de no dar importancia a las pequeñas irregularidades que se observan. Una persona poco madura recibe una confidencia o percibe algo errado, y en lugar de ser señora de sí misma y retener la noticia, se quiebra al peso psicológico de la información, le traicionan los nervios, se le escapan las noticias, cuenta, se derrama... Esta es la razón por la que los súbditos frecuentemente no tienen confianza en sus autoridades. Ya tuvieron varios desengaños, y acaban diciendo respecto al coordinador: tiene buena voluntad pero se le va la lengua. No se puede confiar.

Conviene cultivar el silencio con la misma devoción con que como creyentes cultivamos la amistad con Dios. Llegó a tus oídos una noticia explosiva. ¡Qué ganas de contarlo! Guárdala en el cofre del silencio. Lo que acaba de sucederle a este individuo es algo entre divertido y ridículo. Si se lo contara a los compañeros, tendríamos media hora de divertida tertulia, un momento de escape. Guarda silencio.

Feliz la comunidad que tenga una persona tan entera y madura que, cualquiera que sea la confidencia que se deposite en su corazón, la guarda como en un cofre sellado, hasta la tumba y más allá... Esa casa está salvada de la angustia y de la psicosis.

La esencia misma de la fraternidad es ser transparencia. Vivir en fraternidad significa ir derribando lentamente las murallas que separan a los hermanos, para hacerse todos mutuamente patentes y presentes. Para esta finalidad, hay que crear un clima de confianza, y para crear ese clima hay que comenzar por cultivar un gran respeto mutuo.

IV

Sentimientos que bloquean la fraternidad

El perdón es el don de los dones como lo dice la Palabra. Ciertamente es el don más difícil de regalar. A la raíz de todos los conflictos fraternos está una dificultad para perdonar. La malevolencia es la muralla absoluta que bloquea la comunicación con el prójimo. El sentimiento normal, como tendencia fundamental de la vida, es la benevolencia hacia el otro. No siempre, sin embargo, funciona en el hombre la tendencia espontánea de ser-para-otro. En ocasiones se da la inclinación opuesta de ser-contra-otro. Pero esto último no es lo normal, porque no responde a la naturaleza relacional del hombre.

La agresividad que en ocasiones inunda el corazón nace, casi siempre, entre los pliegues de la competitividad y de la rivalidad, por las que uno quiere conseguir algo y los otros se lo disputan. La resistencia del otro es, pues, el obstáculo para el cumplimiento de mis deseos egoístas, y mi emoción agresiva es el medio para anular aquella resistencia. Como se ve, el egoísmo es la "madre" de la malevolencia. Cuando un individuo está centrado en sí mismo, tiende a considerar a cualquier otro como rival, y fácilmente le hace blanco de su agresión. Basta analizar las rivalidades existentes entre un sujeto y otro, entre un grupo y otro, y siempre descubriremos debajo de las hostilidades de hoy antiguas batallas para salvaguardar el prestigio personal y asegurar los propios intereses.

Diferentes formas de resentimiento. El rencor es la tendencia a hacer daño y a recrearse en ello. Llamamos *odio* a la inclinación a exterminar al otro. Es una "protesta" hecha *con toda el alma*, contra el hecho de que el otro exista, de que tenga cualidades, de que esté bien. El rasgo específico del odio es el deseo de que el otro no disfrute de la existencia. Es lo más opuesto al amor fraterno, y a ello se refiere San Juan en sus cartas. Uno siente repugnancia hasta de pronunciar la palabra odio. Pero la emoción del odio puede encubrirse entre los pliegues de otros sentimientos, con más frecuencia de lo que creemos.

Cuando el deseo de poseer y la necesidad de estimación son lesionados, nace la necesidad de la venganza, de manera contraria, la gratitud como un impulso reactivo a lo bueno que recibimos de los demás. Si el deseo de poder o de estimación, repito, se ven lesionados en sus exigencias, es fácil que la persona busque instintivamente una compensación, produciendo un daño igual a aquel que ha obstruido sus aspiraciones: ojo por ojo: me quitas un ojo, te quito un ojo. Existe, pues, en la venganza un ajuste de cuentas.

El *resentimiento* es diferente de la venganza, por los motivos y la forma. Esta emoción agresiva nace del hecho de saber que el otro ha conseguido lo que uno no ha podido obtener. El motivo del resentimiento se halla en la sensación de que yo carezco de lo que él tiene: él tiene más éxito, prosperidad y estima que yo. El impulso vital de donde nace este sentimiento es querer tener todo para mí y ser más que los demás.

En la envidia existe todo el contenido del resentimiento y, además, encierra la inclinación a vengarse de los que han sido más afortunados que uno, a pesar que los tales afortunados no me hayan causado ningún daño. Se procura la satisfacción rebajando los méritos de los demás; y esta operación que demerita el valor ajeno

puede adquirir un aire de objetividad, racionalizando con nuevos principios otros códigos de valores, otros criterios para poder decir: al final, tú no eres más que yo. En la envidia hay siempre escondida cierta dosis de frustración.

En los *celos* queda perturbado el deseo de tener todo para sí, al observar que el otro es objeto de estimación por parte de los demás, estima que uno desearía exclusivamente para sí. Los celos son como el humo que surge de la leña verde, son un síntoma de amor inmaduro.

La *Antipatía* es una tendencia emocional por la que el prójimo es percibido como un polo en el que yo no encuentro resonancia. Esta emoción nace a veces del fondo existencial. Otras veces, en cambio, es el resultado de una transferencia inconsciente por la que uno evoca un personaje olvidado con el que hubo conflictos en tiempos pasados.

Estas diferentes emociones, todas ellas agresivas, se hallan en el interior de cada persona en una mezcla combinada. Cuando hay dificultad para el perdón, pueden aparecer todas ellas –o alguna de ellas– en grados y especificaciones diferentes. Otras veces puede tratarse de un sentimiento general contra el prójimo.

¿Qué hacer en esta situación? Es necesario neutralizar esos sentimientos como quien apaga una llama. En estas emociones de malevolencia existe una vinculación emocional negativa entre el otro y yo. Estos sentimientos adversos expresan cargas de resistencia, lanzadas de modo inconsciente contra el prójimo. Dicha resistencia, al ser permanente, forma una cadena que vincula destructivamente a los dos individuos. Es necesario, pues, quebrar esos vínculos enfermizos y desligarse.

Odiar –si se permite la expresión– es locura. Quien odia almacena un veneno que irá lentamente destruyéndole por dentro. ¿Quién sufre? ¿El que odia o el que es odiado? Cuántas personas pasan días y noches lanzando imaginariamente cargas emocionales agresivas contra una determinada persona, y esta persona ni siquiera se entera. Mientras tú te consumes, sombrío y enconado, contra tu prójimo, el otro está “bailando” feliz de la vida, completamente desligado de ti. La inmensa mayoría de las veces no llegan al interesado los efectos de nuestras emociones destructivas, en tanto estamos siendo lamentablemente presionados y aprisionados por nuestras propias tinieblas. ¿Masoquismo? ¿Autodestrucción? No. Insensatez. Odiar es locura. El resentimiento destruye interiormente al resentido. Merece la pena poner los medios para vencer esta tendencia. ¿Para qué sufrir inútilmente? No tendrás paz hasta que no te decidas a hacerlo. El día que extingas estas emociones, sentirás un alivio tan grande que acabarás diciendo: valió la pena.

Aunque resulta difícil de creer, nuestras experiencias en los equipos de Hermandad pueden haber producido este tipo de sentimientos, recuperando de la profundidad de nuestra historia personal otras relaciones dolorosas o conflictivas. Cuando surgen este tipo de sentimientos contra otro operario es como si sonara una alarma que nos invita a actuar, afrontando con valentía la situación.

¿Cómo dar este paso? En primer lugar, el problema fundamental consiste en separar la atención del recuerdo de aquella persona. Yo te diría imperativamente tres palabras: déjala, olvídala, deslígate. Es un acto de control mental. Cuando te llegue el recuerdo de tal individuo o de las acciones que te han herido, no le des importancia, piensa en otra cosa, vuela con tu mente en otras direcciones. Este camino es indirecto, pero muy eficaz. Al mismo tiempo te ayudará a conseguir un progresivo dominio mental. Existe aquel perdón que llamamos intencional o de voluntad. Uno

quiere perdonar, quisiera arrancar del corazón toda hostilidad, le gustaría recordar a la persona, si no es posible con simpatía, al menos de un modo neutro. Este perdón es suficiente para aproximarse a los sacramentos.

La emoción no depende de la voluntad. La hostilidad hunde sus raíces en el fondo vital instintivo. Nosotros no tenemos dominio directo sobre el mundo emocional. Al darse el estímulo, surge la emoción.

Así, pues, la malevolencia es una carga emocional negativa. Ahora bien, una carga emocional negativa solamente puede ser disuelta a través de una carga emocional positiva, y con esto pasamos a señalar la segunda manera de superar esta situación. Concretamente entendemos por carga emocional positiva la intimidad con Jesús. Por la experiencia de la vida sabemos cuánto cuesta superar los resentimientos; sabemos también que para ello, más que para cualquier actitud fraterna necesitamos de Jesús. Por gusto no se perdona. Tampoco a partir de ideas o convicciones, ni siquiera por los ideales. Por una persona sí.

¿Cómo hacer? Concéntrate. Evoca por la fe la presencia del Señor. Y cuando hayas llegado a un "encuentro" de intimidad con Él, dile: Jesús, entra hasta las raíces más profundas de mi ser, asume mi corazón con sus hostilidades y sustitúyelo por el tuyo, perdona tú dentro de mí, quiero sentir por tal hermano lo que tú sientes por él, quiero perdonarlo como tú perdonaste a Pedro... Ahora mismo Jesús. Vas a experimentar cómo Jesús calma aquella agitación hostil y deja en el interior tanta paz, que puedes levantarte tranquilamente para ir a charlar con toda naturalidad, con quien has considerado un "enemigo". Estos prodigios lo hace hoy Jesús.

Sucede frecuentemente el hecho siguiente: conseguiste perdonar, incluso emocionalmente; fue una experiencia de pura gratuidad del Padre: el rencor se apagó por completo como una hoguera reducida ya a cenizas. Sin embargo, de pronto, de entre las cenizas grises surge de nuevo la roja llama. No se sabe por qué, esta mañana volvió: es tan desagradable volver a sentir el rencor; es como una fiebre que quema y molesta. Con tu perdón, vivías tan libre y feliz. No te impacientes. Somos así. No tenemos dominio sobre ese loco mar de las emociones. Toda herida profunda necesita muchas curas para cicatrizarse por completo. Vuelve a repetir actos de perdón. Regresa a tu intimidad en busca del Jesús vivo. Permite ser alcanzado y sanado.

Comprender. La tercera manera de superar el resentimiento: Comprendiendo.

Muchas veces pienso que si supiéramos comprender, no necesitaríamos perdonar. Bastaría comprender, y la sed de venganza quedaría calmada. Comprender significa abarcar o rodear por completo una cosa. Comprender a una persona significa medirla por completo, analizarla en sí misma lo más objetivamente posible. Sucede que muchas veces vemos al otro a través del prisma de nuestros prejuicios emocionales: antipatías, rivalidades antiguas, historias desagradables... De esta manera nuestra visión del hermano queda enturbiada y coloreada. Esta visión distorsionada provoca en nosotros un estado emocional adverso al hermano. En el fondo de la incomprensión está presente, pues, la falta de realismo y sabiduría⁶.

⁶ Cfr. LARRAÑAGA, Ignacio. Sube conmigo para los que viven en común. Ed. Paulinas Buenos Aires 1979, 167 - 245.

V

Conclusiones

La fraternidad la construimos juntos, todos los miembros de nuestros equipos de vida y trabajo. Es don y tarea, desafío personal y comunitario, permanente. La fraternidad siempre está en construcción, nunca podemos dar por concluida esta tarea.

En nuestras actitudes personales nos jugamos gran parte de la fraternidad. Ha de ser cada uno de nosotros quien dé el primer paso: abrir el corazón, brindando confianza, respeto, aprecio y valoración. Cuando hablamos desde el corazón no hay persona insensible que no pueda escucharnos y que se resista a entablar verdadera fraternidad.

Hay que percibir a cada miembro de nuestros equipos como lo que son para nosotros, hermanos y no enemigos. A los hermanos simplemente se les recibe, no escogemos, son un regalo sagrado de Dios para nosotros.

VI

Guía para el encuentro

1. Preparación personal

Estudio del tema y reflexión personal. La preparación personal del presente tema de formación permanente exige un análisis de las propias actitudes en la vida común, que en ocasiones la facilitan y a veces también la perjudican. Por ello conviene dar suficiente tiempo para facilitar que durante la reunión se dé un diálogo sobre la situación real del equipo. La conversión personal exige con frecuencia desmontar actitudes a las que nos hemos acostumbrado y aprender otras nuevas. Particularmente en la vida fraterna existe una exigencia ética.

2. Apertura

Convocación del director del equipo. Se puede comenzar rezando juntos la oración por la fraternidad que incluye la introducción de estos materiales.

Disposición. Se pueden colocar en el centro del lugar de la reunión unas llaves de la casa, que todos utilizamos diariamente para entrar en ella, poniendo en evidencia que la "llave" que abre la puerta de la fraternidad son las actitudes que cada Operario ponga en práctica.

3. Palabra de Dios

Se puede recurrir al primer capítulo del libro de Rut, que explica todo el contexto o concentrarse en Rut 1, 6-19. Es sorprendente la determinación de Rut que elige continuar al lado de su suegra Noemí, compartiendo su situación de extrema pobreza. Comenta el texto que "Noemí viendo a Rut tan decidida, no insistió más [en que volviese a su tierra]". Podemos preguntarnos si estamos tan decididos como Rut a asumir las exigencias y sacrificios que comporta la forma de vida que libremente hemos elegido

4. Introducción al diálogo.

Convendría centrar el diálogo en el análisis de las propias actitudes para la vida fraterna. Para ello algún Operario puede presentar una breve síntesis del tema y lanzar la pregunta: ¿Cuáles de estas actitudes son frecuentes en nuestro equipo? Como contraparte, también podemos preguntarnos: ¿Existen actitudes que obstaculizan nuestra vida común? Si durante la preparación se insistió en el análisis personal, aquí también sería útil un análisis grupal.

5. Conclusión y propuestas.

La conclusión de este tema evidentemente mira al futuro. No se trata de lamentarse de lo que puede obstaculizar la vida común, sino de emprender un camino nuevo. Puede ser útil proponer algunas actitudes positivas que podrían ayudar a nuestro equipo particularmente.